

La burguesía argentina en el auge y la crisis del neoliberalismo¹

The Argentine bourgeoisie in the rise and crisis of neoliberalism

Sebastián Pedro Salvia

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Universidad Nacional de Quilmes

Universidad Nacional Arturo Jauretche

Argentina

sebastian.salvia@unq.edu.ar / ssalvia76@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0004-7000-0337>

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Fecha de recepción: 22 de enero de 2024. **Fecha de aprobación:** 10 de mayo del 2024

DOI: 10.15446/cp.v19n38.112598

Cómo citar este artículo:

APA: Salvia, S. P. (2024). La burguesía argentina en el auge y la crisis del neoliberalismo. *Ciencia Política*, 19 (38), 25 - 46. 10.15446/cp.v19n38.112598

MLA: Salvia, S. P. "La burguesía argentina en el auge y la crisis del neoliberalismo". *Ciencia política*, 19, 38, 2024, pp. 25 - 46. 10.15446/cp.v19n38.112598

1 El artículo se realiza en el marco del Programa de Investigación "Economía y Política en la Argentina contemporánea" de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) y cuenta con financiación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).



Este artículo está publicado en acceso abierto bajo los términos de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 Colombia.

Resumen

El artículo analiza la relación entre la constitución y crisis de una estrategia de acumulación basada en las reformas neoliberales y la acción política de la burguesía en Argentina en los años noventa. Asumimos que tal estrategia fue parte de una reestructuración capitalista global, y que la crisis que puso fin a la misma estuvo relacionada con las crisis internacionales de finales de los noventa, que golpearon duramente al país dada la creciente vulnerabilidad externa de la economía. Utilizamos información proveniente de fuentes oficiales y bibliografía especializada en aspectos relevantes para nuestro objeto. El análisis aborda aspectos económicos tales como la inversión de capital, el producto interno bruto, la productividad, la ganancia capitalista, el riesgo país y el impacto de la crisis en los sectores del capital. También aborda aspectos políticos como la gestión de la crisis por parte del Estado. Concluimos que la burguesía logró integrar sus diferentes fracciones en un “bloque en el poder”, bajo la hegemonía de la fracción financiera, solo en la fase ascendente de la estrategia de acumulación de los noventa, rompiéndose tal unidad con el inicio de la crisis. Asimismo, concluimos que esta crisis resultó profundamente destructiva en términos económicos, sociales y políticos.

Palabras clave: Burguesía, fracciones, acumulación, recesión económica, neoliberalismo, Argentina

Abstract

This article analyzes the relationship between the constitution and crisis of an accumulation strategy based on neoliberal reforms and the political action of the bourgeoisie in Argentina in the '90s. We assume that such a strategy was part of a global capitalist restructuring. And that the crisis that ended it was related to the international crises of the late '90s, which hit the country hard given the growing external vulnerability of the economy. We use information from official sources and specialized bibliography on aspects relevant to our purpose. The analysis addresses economic aspects such as capital investment, gross domestic product, productivity, capitalist profit, country risk and the impact of the crisis on capital sectors. And political aspects such as the management of the crisis by the State. We conclude that the bourgeoisie managed to integrate its different fractions into a “power bloc”, under the hegemony of the financial fraction, only in the ascending phase of the accumulation strategy of the '90s, breaking such unity with the beginning of the crisis. And that this crisis was deeply destructive in economic, social and political terms.

Keywords: Bourgeoisie, Fractions, Accumulation, Economic Recession, Neoliberalism, Argentina.

Introducción

El presente artículo se inscribe en un campo de estudios de suma relevancia para las ciencias sociales argentinas: el conflicto entre sectores de la burguesía y su relación con la política del Estado. Este campo de estudios se ha desarrollado vis a vis con los cambios en el proceso histórico. En los años setenta, los textos clásicos de Portantiero (1977) y O'Donnell (1977) describieron la dinámica del proceso de acumulación de capital en el período 1958-1976, caracterizada por la inestabilidad económica derivada de una sucesión de ciclos de crecimiento y recesión. Sobre esta base, los autores abordan la inestabilidad política del país, analizando las cambiantes alianzas y confrontaciones de clases y fracciones. O'Donnell (1977) sostiene que la gran burguesía urbana pendulaba entre una alianza con la burguesía agraria y la ruptura de esta, para conformar una nueva alianza con la clase obrera, según el momento del ciclo económico. En el mismo sentido, Portantiero (1977) sostiene que la gran burguesía urbana se había transformado en el núcleo más dinámico de la actividad económica pero no podía convertirse en clase dirigente, por lo que debía establecer compromisos con la burguesía agraria. Pero la alianza entre las "fracciones superiores de la burguesía" (agraria y urbana) era quebrada por la resistencia de la clase obrera y las fracciones débiles de la burguesía urbana. Condicionadas por los ciclos económicos, la formación y ruptura de alianzas contribuía a la reproducción de estos ciclos que estaban en su origen.

Los cambios producidos desde mediados de los setenta, que hacen más relevante el conflicto de clase que el conflicto entre burguesía rural e industrial, son abordados por Marín (1984) y Villarreal (1985). Marín (1984) muestra el proceso de unificación de todas las fracciones de la burguesía y la pequeña burguesía en los años previos a la dictadura de 1976, como respuesta a la fortaleza de la clase trabajadora en el contexto de una ofensiva armada del "régimen". Villarreal (1985) postula que la dictadura iniciada en 1976 atacó el núcleo objetivo de la conflictividad social en la Argentina: la fragmentación de la burguesía y la homogeneidad de la clase trabajadora, que tenía un alto componente de obreros fabriles enrolados en sindicatos fuertes. La dictadura invierte la ecuación: fragmenta a la clase trabajadora y homogeneiza a la burguesía, incluyendo el desgrase de pequeños capitales que habían sido aliados de la clase trabajadora.

Con el retorno de la democracia en los años ochenta, se desarrolló una prolífica línea de indagación sobre la burguesía argentina, como puede verse en Schwarzer (1990, 1991), Palomino (1988), Itzcovitz y Schwarzer (1986),

Iztcovitz (1985), Nun y Lattuada (1991), Golbert, Alberti, y Acuña (1984), Acuña y Golbert (1990). Esta línea de indagación desplaza su objeto del conflicto de las fracciones burguesas hacia el estudio de las asociaciones empresarias, su morfología y su dinámica interna.

Tras las crisis de finales de los ochenta, los estudios sobre la burguesía se focalizaron en la influencia de las concepciones neoliberales y el rol del empresariado en las transformaciones de los noventa. Así, fueron abordados el apoyo empresario a las reformas estructurales, la neutralización de las oposiciones a estas reformas y las relaciones entre Estado y asociaciones empresarias (Acuña, 1995, Beltrán, 2007), la política de apertura comercial y la acción de los empresarios industriales ante ella (Viguera, 1998, 2000), y la evolución de la cúpula de empresas de mayor concentración en relación al desarrollo de la valorización financiera (Arceo y Basualdo, 1999; Basualdo, 2000, 2003).

Dentro de este campo, el artículo se inscribe en la tradición del materialismo histórico. Asumimos que la constitución exitosa de una estrategia de acumulación con la mediación del Estado sustenta la unidad de las fracciones burguesas (Jessop, 1991; Bonnet, 2008). Así, el éxito en la explotación del trabajo y la acumulación de todos los sectores del capital permite cimentar el “bloque en el poder”, que unifica a las fracciones burguesas bajo la égida de una fracción hegemónica (Poulantzas, 1990), mientras que la crisis de esta estrategia de acumulación habilita el resquebrajamiento del bloque en el poder y el resurgimiento del conflicto interburgués (Piva, 2013; Salvia, 2021).

Organizamos el artículo de la siguiente manera. En primer lugar, analizamos la fase ascendente del neoliberalismo en los noventa y el rol de la burguesía argentina en términos de la constitución de una estrategia de acumulación. En segundo lugar, abordamos la fase descendente de esta estrategia de acumulación neoliberal y el impacto diferencial de la crisis sobre los sectores del capital. En tercer lugar, nos concentramos en el resurgimiento del conflicto interburgués entre 1999-2001 y en la espiralización de la crisis. Finalmente, exponemos nuestras conclusiones.

El auge del neoliberalismo en Argentina en los años 90

Entre 1989 y 2001 Argentina experimentó uno de los ensayos más radicales de liberalización económica en Latinoamérica. Este ensayo tuvo una fase ascendente, de crecimiento económico y consenso social, y una fase descendente, de crisis y pérdida de legitimidad.

El período neoliberal de los noventa profundizó los intentos de transformación de la economía argentina por parte de la dictadura militar de 1976-1983 (Piva, 2013), que implicó una ofensiva del capital sobre la clase trabajadora, con una importante liberalización de las finanzas, un acelerado crecimiento del endeudamiento externo y un fuerte deterioro del salario real. Esta ofensiva fue interrumpida por la recuperación democrática en diciembre de 1983. En términos comparativos, lo específico del período 1989-2001 fue el grado de profundidad alcanzado por las reformas estructurales y su perdurabilidad en el tiempo, ya que solo pudieron ser parcialmente revertidas con posterioridad.

Las reformas estructurales que se realizaron en Argentina en la década del noventa fueron parte de un proceso de reestructuración del capitalismo a nivel global, iniciado a fines de los setenta. Como sostiene Brenner (1998, 2009), este proceso de reestructuración fue una respuesta a la crisis del capitalismo de posguerra, que desde principios de los setenta había producido una fuerte baja de la capacidad de producir plusvalor en las economías del capitalismo avanzado. La liberalización financiera, la desregulación económica y el ataque a las condiciones laborales y al estado de bienestar fueron los elementos centrales de esta reestructuración capitalista global (Duménil y Lévy, 2005; Brenner, 2009).

En términos de Gramsci (1997), estas transformaciones constituyen un movimiento orgánico del capitalismo, un cambio de largo plazo que modifica la estructura y la superestructura. Una “reforma material” en la que se realiza una “reforma intelectual y moral”. Como afirma Bonnet (2008), la reestructuración capitalista global corporizaba una hegemonía a nivel internacional, que solo podía materializarse mediante la acción de los Estados capitalistas.

Ahora bien, en Argentina la hegemonía neoliberal enfrentaba un serio obstáculo en la capacidad de bloqueo de la clase trabajadora, que fue removido por la violencia hiperinflacionaria de 1989 (Bonnet, 2008; Piva, 2013). En ese año, el índice de precios al consumidor (IPC) llegó al 5023 %, marcando una aceleración muy importante respecto a los años anteriores, en una carrera entre el dólar y los precios que carecía de todo control.²

Con la renuncia a la presidencia de la nación de Raúl Alfonsín (Unión Cívica Radical) y la asunción anticipada de Carlos Menem (Partido

2 Elaboración propia con base en el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), Serie histórica del Índice de Precios al Consumidor (IPC) en el Gran Buenos Aires.

Justicialista) a mediados de 1989, se inició el proceso de implementación de las reformas neoliberales como forma de salida a la crisis hiperinflacionaria. En los primeros años (1989-1990), tuvieron lugar la reforma del Estado, la primera rebaja de los aranceles a la importación y las primeras privatizaciones. En 1991 se sancionó la Ley de Convertibilidad que estableció la fijación del tipo de cambio, por ley del Congreso de la Nación, en la paridad 1 peso = 1 dólar; la prohibición de la indexación y la limitación de la emisión monetaria al respaldo de reservas a dicha paridad. Esto implicaba un “auto-atamamiento” al dólar inédito en la historia argentina, que tuvo considerables efectos sobre la economía real (Gerchunoff y Torre, 1996). A partir de allí, el proceso de introducción de las reformas neoliberales logró una profundidad significativamente mayor. La apertura comercial implicó que se redujera la protección contra la competencia de los capitales globales mediante la rebaja o eliminación de aranceles de importación (Viguera, 2000). El proceso de privatización de empresas estatales alcanzó una celeridad e intensidad única en la región (Bonnet, 2008). Se desregularon importantes actividades económicas como la agropecuaria, con la eliminación de las juntas nacionales de granos y de carnes (Lattuada, 2006); se eliminaron los derechos de exportación y se aprobó el uso de semillas transgénicas y su tecnología asociada (Salvia, 2014). Se modificaron las relaciones laborales por medio de las leyes de “flexibilización laboral” como medio para aumentar la intensidad del uso de la fuerza de trabajo y reducir su costo (Marticorena, 2014). Se entregaron al capital privado los aportes a la seguridad social, creando las Administradoras de Fondos de Jubilación y Pensión (AFJP), y se redujeron impuestos al capital como los aportes patronales que crearon un déficit significativo en el presupuesto estatal, entre otras reformas.

La fijación del tipo de cambio por ley del Congreso de la Nación facilitó la apreciación del peso. El tipo de cambio real se ubicó durante la Convertibilidad un 50 % por debajo del promedio entre 1970-90 (Hopenhayn, Scharzer y Finkelstein, 2002). La reducción de los aranceles abarató la importación de bienes de capital, insumos y bienes finales. Así, el tipo de cambio nominal fijo y la apertura comercial generaron una permanente presión al aumento de la productividad del trabajo y a la reducción de los costos de producción para sobrevivir en la competencia incrementada. A esto se suma la consecuente incorporación de tecnología e insumos importados y la reorganización de los procesos productivos.

El disciplinamiento de mercado resultante de las reformas neoliberales fue clave para el éxito de la reestructuración capitalista llevada a

cabo en la fase ascendente del neoliberalismo en los noventa (Bonnet, 2008). Esto permitió superar el estancamiento que inició la economía a mediados de los años setenta (Katz y Stumpo, 2001) y logró una fuerte suba de la inversión, un importante crecimiento económico, un aumento de la productividad del trabajo y una expansión de la ganancia capitalista. El producto interno bruto creció un 53,3 % entre 1990 y 1998.³ La inversión privada alcanzó más de 283.000 millones de dólares entre 1993 y 1998, facilitada por el abaratamiento de la importación, de manera que el equipo durable de producción importado pasó del 35,7 % del total en 1993 al 53 % en 1998. Así, el *stock* de capital medido a precios constantes (neto de construcción residencial) se incrementó en un 23,3 % entre 1991 y 1998 (Salvia, 2015b). La productividad industrial por obrero aumentó un 58,5 % entre 1991 y 1998. La magnitud del aumento significó una reducción de la brecha de productividad en términos internacionales (Iñigo Carrera, 2007; Piva, 2013). En dichos años se produjo una expansión de la ganancia empresaria, que puede verse en el excedente de la producción (que incluye tanto ganancia como renta), para el conjunto del sector privado. Entre 1993 y 1997, se produjo un aumento del excedente de la producción del 58,2 %, medido a precios constantes (Salvia, 2012).

Este proceso de reestructuración capitalista generó un deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora y una fuerte vulnerabilidad externa de la economía que surgió de la creciente dependencia financiera del exterior. El deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora se reafirmó en la fase de auge del período neoliberal. En primer lugar, la privatización de empresas del Estado implicó una brutal reducción de los planteles de trabajadores de estas empresas por la vía de los retiros voluntarios, las jubilaciones compulsivas o los despidos. Como muestra de ello, podemos ver que, al momento de realizarse las privatizaciones, en el sector del agua potable y cloacas la pérdida de puestos de trabajo en 1985 fue del 35 %, en el sector eléctrico fue del 50 % y en el sector ferroviario la pérdida de puestos de trabajo alcanzó el 80%. De esta manera, si a mediados de los ochenta el empleo en las empresas públicas alcanzaba el 2,3 % de la Población Económicamente Activa (PEA), a fines de los años noventa el empleo en las empresas privatizadas apenas explicaba el 0,1 % de la PEA (Azpiazu y Basualdo, 2004). En segundo lugar, el proceso de inversión abaratado por la apreciación de la moneda implicó una

3 Elaboración propia con base en datos de INDEC, Estimación del Producto Interno Bruto a precios de 1993.

pérdida de puestos de trabajo debido a la reducción de las dotaciones de personal. Además, la quiebra de numerosas empresas generó una pérdida de puestos de trabajo adicional. Entre 1984 y 1993 se produjo la desaparición de más de once mil empresas industriales (el 11 % del total) y la pérdida de más de 365 mil puestos de trabajo industriales (Azpiazu, Basualdo y Schorr, 2000). En tercer lugar, la expansión del empleo no registrado generó un deterioro de las condiciones de trabajo que tuvo como consecuencia una mayor afluencia de fuerza de trabajo al mercado, presionando a la baja del salario real y al deterioro de los indicadores sociales. En el contexto descrito, el salario real en el sector privado cayó un 5,1 % entre 1993 y 1998; la desocupación alcanzó un promedio de 11,7 % de la PEA entre 1991 y 1998, cuando dicho promedio había sido del 4,7 % entre 1974 y 1989; y la pobreza subió de un promedio de 19,6 % de la población en 1991 y 1994 a un promedio de 25,5 % en 1995 y 1998 (Salvia, 2018).

Asimismo, en las condiciones establecidas por las reformas neoliberales, la reestructuración capitalista solo podía sostenerse con un flujo neto positivo de divisas para sostener la fijación del tipo de cambio. Esto se logró de diferentes maneras: con los recursos recaudados por el Estado con las privatizaciones de empresas públicas, por los flujos de inversión extranjera directa (IED), en especial con destino a las empresas privatizadas y a inversiones de cartera, y por el incremento del endeudamiento externo (público y privado), que se llevó a cabo durante todo el período.

La burguesía argentina y la constitución de una estrategia de acumulación en los años noventa

Como vimos, durante la década del noventa se puso en marcha en Argentina una estrategia de acumulación que promovió una reestructuración capitalista a partir del disciplinamiento de mercado resultante de las reformas neoliberales iniciadas en 1989 y fortalecidas en el marco del programa de Convertibilidad instaurado en 1991.

La constitución de esta estrategia de acumulación neoliberal y de la burguesía financiera como fracción hegemónica del bloque en el poder se impusieron como salida a la guerra de todos contra todos que significó la crisis hiperinflacionaria de 1989. La apertura al mercado mundial y la reestructuración capitalista que impulsaba a la burguesía financiera fueron la condición necesaria para la superación de esa crisis, así como para el disciplinamiento de la clase trabajadora y de las fracciones más débiles de la burguesía orientada al mercado interno. Esto permitió

que los intereses particulares de la burguesía financiera fueran asumidos como intereses generales por las restantes fracciones de la gran burguesía (Bonnet, 2008). Incluso aquellas fracciones que podían verse más perjudicadas en sus intereses económicos inmediatos como la burguesía industrial apoyaron el programa de reformas neoliberales iniciado en 1989 y la Convertibilidad establecida en 1991, y se abocaron a negociar con el Gobierno las condiciones de la apertura comercial (Viguera, 2000). En su fase ascendente, esta estrategia operó como un marco para la acumulación capitalista que integraba a las fracciones burguesas (Bonnet 2008) y su éxito puede verse en el fuerte crecimiento de la economía y de la ganancia capitalista.

El éxito de las reformas neoliberales sustentó la unidad empresaria, lo que llevó a una declinación de los conflictos interburgueses. De esta manera, se consolidaron los agrupamientos empresarios del conjunto de la economía como el “Grupo de los Ocho” (G-8). Este agrupamiento había surgido en la década del ochenta, conformado por la Unión Industrial Argentina (UIA), la Sociedad Rural Argentina (SRA), la Asociación de Bancos Argentinos (ADEBA), la Asociación de Bancos de la República Argentina (ABRA), la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, la Unión Argentina de la Construcción (UAC), la Cámara Argentina de Comercio (CAC) y la Cámara Argentina de la Construcción (CAMARCO). Tras una crisis interna en 1988, volvió a reunirse a finales de 1989 para apoyar la política de liberalización económica del Gobierno (Acuña, 1995). En la segunda mitad de los noventa, sus miembros se redujeron a seis, dado que la UAC y la CAMARCO se agruparon en una única asociación –que mantuvo el nombre de la última– y la ADEBA y ABRA se fusionaron en la Asociación de Bancos de la Argentina (ABA), asociación única de la banca privada nacional y extranjera. El Grupo de los Ocho constituyó un canal de expresión unificado de los grandes empresarios en los noventa con asociaciones de todos los sectores de la economía. Este agrupamiento acompañó la política económica del Gobierno, expresando el consenso empresario respecto a las reformas neoliberales (Beltrán, 2007).

Más allá de las fricciones que existían entre las asociaciones empresarias del grupo primaron los acuerdos básicos sobre los intereses sectoriales, privilegiando el rol de interlocutor del Gobierno en la implementación de la política de reformas neoliberales (Dossi, 2011). Si bien el lanzamiento de la Convertibilidad había generado tensiones internas en el Grupo de los Ocho, el éxito en la reducción de la inflación y el crecimiento de la economía contribuyeron a fortalecer el apoyo empresario al Gobierno y al

rumbo de la política económica, buscando incluso la profundización de las reformas neoliberales (Beltrán, 2007; Viguera, 2000). Esta situación comenzó a revertirse con el inicio de la crisis a finales de 1998.

La crisis de la estrategia de acumulación

Como hemos sostenido, el programa de reformas neoliberales implementado en Argentina en los años noventa fue parte de una reestructuración capitalista global. Del mismo modo, la crisis de esta estrategia de acumulación en 1999-2001 fue parte de una crisis global que involucró a los países del Sudeste Asiático, Rusia y Brasil. La profundidad de las transformaciones neoliberales tiene directa relación con la intensidad de destrucción de las fuerzas productivas en la fase de crisis.

La crisis global impactó de lleno en el tipo de cambio real, en los precios de exportación y en las condiciones financieras. El tipo de cambio real multilateral en el periodo 1999-2001 fue un 15 % menor al promedio desde el inicio de la Convertibilidad en abril de 1991 hasta diciembre de 1998. La devaluación de Brasil, principal socio comercial argentino, fue central en este proceso. Llegó a un 42 % entre mediados de enero y finales de marzo de 1999, luego de un *overshooting* que llevó la devaluación a un 64 % en la segunda mitad de enero de 1999 (Filgueiras, 2012). Asimismo, los precios de exportación se desplomaron desde la campaña 1997/98. Los precios de los cereales cayeron un 32,2 % y los de las oleaginosas, un 31,8 % en el período 1998-2001 respecto de los niveles de la campaña 1996/97 (Salvia, 2014). Adicionalmente, los flujos de capital financiero sufrieron una reversión desde los países emergentes hacia los países capitalistas avanzados (Bonnet, 2008), lo que implicó una reducción del financiamiento disponible para Argentina. Así, el ingreso neto de divisas por vía financiera cayó un 25,5 % en 1999 y se desplomó en un 52,8 % en 2000 respecto a 1998, pasando de casi 18.300 a unos 8.600 millones de dólares, entre 1998 y 2000 (Salvia, 2015b).

En este contexto desfavorable el crecimiento económico se transformó en una profunda recesión. La inversión se desplomó y la ganancia capitalista se contrajo. Entre el año previo a la crisis (1997) y el final de la Convertibilidad (2001), el excedente global de la economía cayó un 15,7 %.⁴ Paralelamente a la caída de la ganancia agregada de la economía la tasa de inversión se desaceleró en el primer semestre de 1998, y cayó

4 Elaboración propia con base en INDEC, Cuenta de Generación del Ingreso.

abiertamente en el segundo, pasando de un crecimiento de 17,7 % en el primer trimestre a una caída de 3,1 % en el cuarto trimestre respecto al mismo periodo del año anterior. La caída se intensificó en el período 1999-2001. La inversión en equipo durable mostraba esta tendencia más nítidamente, pasando de una tasa de crecimiento de 26,4 % en el primer trimestre de 1998 a una caída de 8,2 % en el cuarto trimestre del mismo año, y con caídas significativamente mayores en 1999-2001.⁵ Así, la caída de la inversión fue uno de los principales impulsores a la depresión y el producto interno bruto (PIB) se redujo 8,4 % entre 1998 y 2001, llegando a caer 13,1%, entre los cuartos trimestres de ambos años.⁶

Los sectores del capital en la crisis

La crisis de la estrategia de acumulación no afectaba por igual a todos los sectores del capital. En primer lugar, los problemas de competitividad de la economía impactaban intensamente en la producción de bienes, tanto en los sectores sometidos a la competencia externa la industria y el agro— como en los sectores fuertemente influidos por el ciclo económico —la construcción—. En cambio, impactaban con menor intensidad en otros sectores como la intermediación financiera (banca, seguros, AFJP) y los servicios públicos (agua, gas, electricidad, telecomunicaciones, etc.). En segundo lugar, los problemas de financiamiento de la economía impactaban inmediatamente en la producción, en tanto encarecían un costo muy importante, pero afectaban mediatamente al sector bancario, en tanto el crecimiento de los niveles de riesgo es un indicador de la posibilidad de *default*.

De esta manera, la crisis tuvo un impacto significativamente mayor en la industria, la construcción y el agro que en las finanzas y las empresas de servicios públicos. Esto puede verse en los indicadores de ganancias sectoriales que construimos a partir de fuentes oficiales. Como primer *proxy*, utilizamos el valor agregado excedente al costo laboral. En la industria y la construcción este indicador mostró una caída de 27,3 % y de 30,4 % respectivamente en el periodo 1999-2001. Por otro lado, en los servicios públicos (electricidad, gas y agua⁷), nuestro *proxy* continuó

5 Datos de INDEC, Inversión Bruta Interna Fija. Valores trimestrales a precios de 1993.

6 Datos de INDEC, Estimación del Producto Interno Bruto a precios de 1993.

7 Se excluye telecomunicaciones por estar agregado en la estadística junto a transporte y almacenamiento.

incrementándose hasta el 2000 (año en el que fue 140 % mayor que 1993) y apenas se estancó en 2001. Por último, la intermediación financiera se mantuvo en niveles máximos en 1998-2000 (un 185 % mayores al año 1993), cayendo recién en 2001 (fruto de una brutal corrida bancaria del segundo semestre de dicho año).⁸ Este indicador muestra que la industria y la construcción tuvieron un considerable deterioro de su situación desde 1999. Este deterioro no alcanzó a los servicios públicos y a la intermediación financiera. Es decir, si bien la crisis afectaba a todos los sectores de la economía, los capitales de servicios y financieros estaban en mejor situación que los asentados en la producción en sentido estricto.

Para tener un indicador más ajustado de la rentabilidad de los sectores del capital recurrimos a fuentes oficiales que permiten obtener información sectorial. Si observamos las grandes empresas industriales vemos que las utilidades se contrajeron un 66,9 % en 1999-2001, respecto a 1998. En el mismo periodo, las empresas de servicios públicos de luz, gas y agua vieron reducidas sus utilidades en una proporción significativamente menor, de un 4,7 %. Aún en el año 2000 las utilidades de este último sector eran muy similares a 1997, concentrándose la caída en el año 2001⁹. Si analizamos la tasa de ganancia sobre el patrimonio neto podemos ver que la rentabilidad de las grandes empresas industriales se redujo un 69 % en 1999-2001, mientras que en los servicios públicos privatizados cayó un 13,3 % respecto a 1998.¹⁰ Estos datos muestran las diferencias en el impacto de la crisis en una actividad directamente sometida a la competencia externa (la industria) y una actividad no sometida a ella, cuyos precios dependen de la regulación estatal (los servicios públicos privatizados).

La información publicada por el Banco Central de la República Argentina (BCRA) muestra que tras el inicio de la crisis las utilidades netas de los bancos se mantuvieron en niveles similares en 1999 respecto al año anterior, con una tendencia creciente en el año 2000 y la primera mitad de 2001, cuando se inició la debacle que condujo a fuertes pérdidas en el último trimestre del año. Así, en los dos semestres anteriores a la debacle

8 Elaboración propia en base INDEC, Estimación de Producto Interno Bruto y Cuenta de generación del ingreso.

9 Elaboración propia con base en INDEC, Encuesta Nacional de Grandes Empresas. No se considera la construcción, porque aparece agregado a otros sectores como comercio y transporte.

10 Elaboración propia con base en INDEC, Encuesta Nacional de Grandes Empresas.

(segundo de 2000 y primero de 2001), las utilidades netas de impuesto a las ganancias fueron un 68,6 % mayores a las acumuladas en el segundo semestre de 1998 y el primero de 1999, al principio de la crisis. Esta evolución resulta más clara cuando se observan los resultados de los bancos privados de mayor tamaño. La tasa de ganancia de los ocho mayores bancos privados (que concentraban el 65 % de los activos de la banca privada) con relación al patrimonio neto tuvo una trayectoria creciente hasta el primer trimestre de 2001, cuando fue un 72,1 % mayor que en primer trimestre de 1999.¹¹ La información presentada muestra que la situación de la banca privada en la crisis se asemejaba a los servicios públicos privatizados, y se diferenciaba de la producción en sentido estricto.

Finalmente, la rentabilidad agropecuaria muestra una evolución similar a la industria. El margen bruto por hectárea¹² para los cuatro cultivos más importantes (trigo, maíz, girasol y soja) experimentó un fuerte descenso en la crisis, con una caída en 1999-2001 de 49,5 % para el trigo, 32,1 % para el maíz, 51,3 % para el girasol y 29,8 % para la soja respecto al período 1991-1998 (Salvia, 2014).

En definitiva, las actividades de la esfera de la producción en sentido estricto, como la producción industrial y agraria, sufrieron una erosión mucho más profunda en sus condiciones de acumulación en 1999-2001 que aquellas no sometidas a la competencia externa como la banca y los servicios públicos privatizados.

La crisis y el regreso del conflicto al interior de la burguesía

En el apartado anterior hemos visto la diferente exposición de los sectores del capital ante la crisis. Esta fue la primera determinación de la reaparición del conflicto interburgués. En tanto la burguesía se presenta constitutivamente dividida en fracciones, sobre la base de la competencia económica en el mercado (Bonnet, 2012), este impacto diferencial ante la crisis limitaba la capacidad de articular los intereses de estas fracciones burguesas. Otros dos elementos se conjugaban para dificultar la elaboración de una política conjunta de la burguesía: la imposibilidad

11 Elaboración propia con base en BCRA, Boletín Monetario y Financiero.

12 El margen bruto incluye tanto la ganancia capitalista como la renta de la tierra y los impuestos. Dado que en Argentina el “productor” suele ser tanto terrateniente como capitalista, e incluso las asociaciones empresarias del agro no distinguen entre ambos (Gresores y Makler, 2004), no necesitamos distinguir entre renta y beneficio.

de un avance sobre el Estado y las dificultades para aumentar la explotación de la clase trabajadora.

Por el lado del Estado, un nuevo ciclo de privatizaciones o de transferencia de recursos tributarios permitiría generar nuevos negocios o mejorar las condiciones de los ya existentes. Pero el Estado se encontraba quebrado, sin recursos para distribuir, y con el proceso de privatizaciones prácticamente finalizado. Hacia 1999 se habían privatizado casi la totalidad de las empresas de telecomunicaciones, energía, transporte, gas, agua, e industria del Estado (Basualdo, 2010), lo que dejó solamente algunos bancos de peso como el Banco Nación. Esto cerraba la posibilidad de una gestión de la crisis con base en una expansión del sector privado sobre empresas estatales.

Por el lado de la clase trabajadora, la implementación de mecanismos de aumento del plusvalor tenía dificultades considerables. En condiciones recesiva, esto no puede lograrse con base en una mayor inversión de capital (plusvalor relativo), sino que debe buscarse el camino de la reducción del salario (plusvalor absoluto). Esta reducción salarial enfrentaba obstáculos de tipo político. Las luchas de los trabajadores contra los ajustes provinciales en la segunda mitad de los noventa mostraban una capacidad de resistencia a esta alternativa, aún en el marco de un sostenido aumento del desempleo (Piva, 2013). La nueva situación social era internalizada en el sistema político. En las postrimerías del gobierno neoliberal encabezado por Carlos Menem, los proyectos de legislación laboral no promovían un abaratamiento de la fuerza de trabajo sino que, con la derogación de las modalidades promovidas de contratación (Marticorena, 2014), establecían un límite a su precarización. Esto configuraba un bloqueo a la deflación salarial (Piva, 2013), haciendo inviable una forma de gestión de la crisis que hubiera sido beneficiosa para el conjunto de la burguesía (Wainer, 2010).

De esta manera, la crisis abrió un periodo de disgregación del bloque en el poder. En la crisis, los intereses particulares de fracciones burguesas se impusieron sobre los intereses comunes de la clase burguesa. Esto se manifestó en el destino que tuvieron los agrupamientos de empresarios del conjunto de la economía. El Grupo de los Ocho, que había sido la voz unificada de la burguesía en los noventa (Gaggero 2013; Gaggero y Wainer 2004), comenzó a tensionarse en 1998. A mediados de 1999 las asociaciones empresarias de la industria (UIA) y la construcción (Camarco) se retiraron de ese agrupamiento para conformar, junto a Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), un agrupamiento más reducido que

representara a los “empresarios de la producción”: el denominado Grupo Productivo. Las restantes asociaciones del Grupo de los Ocho dejaron de tener una presencia pública común y se limitaron a la expresión de sus intereses sectoriales.

La importancia de la confrontación sectorial se ve con claridad en las posiciones que asumió el Grupo Productivo bajo el liderazgo de la burguesía industrial. Estas posiciones estaban centradas en la crítica a los costos financieros y de servicios públicos, así como en la “distorsión” de precios relativos a favor de finanzas y servicios. Asimismo, demandaban políticas de subsidio y protección a la producción de bienes y de aumento de la demanda interna, cuyo costo recaería sobre las finanzas, los servicios y las cadenas comerciales (Salvia, 2012). En contraste, las posiciones de la banca privada y las empresas de servicios privatizadas se basaban, por un lado, en la defensa sectorial ante estas críticas bajo el argumento de que sus “ganancias de eficiencia” beneficiaban la economía, y, por otro, en la demanda de una política decidida de reducción de gastos del Estado. De esta forma, buscaban garantizar el flujo positivo de divisas hacia la economía argentina, condición para mantener el tipo de cambio fijo (Salvia, 2011).

De esta manera, la “línea de fuerza general” (Poulantzas, 2005) del conflicto interburgués bajo la crisis del neoliberalismo fue una disputa entre el capital asentado en las finanzas y los servicios públicos y el capital asentado en la esfera de la producción en sentido estricto. Estas posturas implicaban dos formas diferentes de gestionar la crisis de acumulación sin romper con el programa de reformas neoliberales enmarcadas en la Convertibilidad (Salvia, 2011).

El conflicto interburgués y el avance de la crisis

El conflicto interburgués estaba fuertemente condicionado por el agravamiento de la crisis que, a su vez, tenía como una de sus determinaciones a la ineficacia del Gobierno en su política económica. En diciembre de 1999 asumió el poder un nuevo gobierno conformado por una coalición que recibió el nombre de Alianza y que integraba los dos principales partidos opositores al PJ. Esta coalición estaba conformada por la UCR, a la que pertenecía el presidente Fernando de la Rúa, y el Frente País Solidario (FrepaSo), al que pertenecía el Vicepresidente, Carlos “Chacho” Álvarez. En términos generales, la política económica del nuevo Gobierno estuvo centrada en el ordenamiento de las cuentas fiscales mediante el ajuste del gasto público y el aumento de la presión impositiva,

que tenía el objetivo de lograr una baja del riesgo país y de la tasa de interés. Con ello, el Gobierno esperaba revertir las expectativas negativas e impulsar la inversión (Salvia, 2011). La gestión gubernamental de la crisis, que se encontraba fuertemente condicionada por las necesidades financieras del propio Estado, coincidía con los intereses de la burguesía financiera representada por la ABA, la asociación de la banca privada.

En una amplia serie de fracasos, el Gobierno buscó realizar sendos ajustes en sus primeros meses de gestión, primero con un aumento de impuestos y luego con una reducción del gasto público, lo que contribuyó a agravar la situación de la economía real. Impulsó una reforma laboral que habilitara la rebaja nominal de los salarios y logró su aprobación en una victoria pírrica a mediados del año 2000. Esto terminó con un enfrentamiento entre el presidente y el vicepresidente, y con la renuncia de este último en octubre de 2000. Luego de ello, el Gobierno logró un salvataje financiero del FMI y otros organismos por 40.000 mil millones de dólares para detener una corrida contra el peso que había llevado el riesgo país a niveles de *default* a finales de 2000. Pero la corrida contra el peso volvió en el mes de febrero de 2001. Esto llevó al cambio del ministro de economía y a un nuevo ajuste de mayor tenor en marzo de 2001, que ni siquiera pudo llegar a implementarse ante el crecimiento de la protesta social y la resistencia institucional en el Congreso. Con el regreso del ministro de economía que había implementado la Convertibilidad, Domingo Cavallo, buscó combinar las políticas ortodoxas apoyadas por la burguesía financiera con las políticas heterodoxas demandadas por la burguesía industrial. Tras un nuevo fracaso y con el corte del crédito al país, en julio de 2001, se implementó el mayor ajuste del período mediante la Ley de Déficit Cero. Este ajuste redujo la recaudación tributaria haciendo necesario un ajuste adicional a los pocos meses, algo que resultaba políticamente inviable.

A lo largo del período presidencial, la burguesía financiera apoyó los ajustes promovidos por el Gobierno con el objetivo de superar la crisis financiera y recuperar el ingreso de fondos internacionales hacia la economía argentina. En contraposición, la burguesía industrial continuaba con sus demandas de subsidios estatales a la esfera de la producción en sentido estricto y lanzaba sus críticas a los costos financieros y de servicios. Con el avance de la crisis, la burguesía industrial fue radicalizando sus propuestas: promovían la aplicación de impuestos sobre bancos y empresas de servicios privatizadas y llegaron a demandar la incorporación del real brasileiro a la convertibilidad peso-dólar, lo que implicaba

un tipo de cambio real más alto. Finalmente, buscó (y logró) sumar apoyos de las centrales sindicales del sector privado e incluso de la banca pública para dar una mayor base de sustentación a sus propuestas.

La crisis de la estrategia de acumulación neoliberal finalizó al término de 2001 en un cuadro de depresión productiva, bancarrota financiera, destrucción de las condiciones de vida de la clase trabajadora y crisis política. El PIB cayó 4,9 % en el tercer trimestre de 2001, acelerando la caída al 10,5 % en el cuarto trimestre de 2001 en relación al mismo periodo del año anterior.¹³ Las consecuencias sociales eran devastadoras. La desocupación creció en más de 470 mil personas entre octubre de 1999 y octubre de 2001, y alcanzó un máximo de 18,3 % de la PEA. Del mismo modo, la pobreza llegó al 38,3 % de la población en octubre de 2001 (Salvia, 2015). El riesgo soberano escaló por encima de los 2100 p. b. a finales de octubre y de los 3300 p. b. a finales de noviembre. Estos niveles eran ampliamente superiores a los considerados por *default*. Las reservas de divisas cayeron en más de 14 mil millones de dólares a lo largo de 2001, una reducción del 41,5 % (BCRA, 2002), lo que resultó en una crisis financiera sin posibilidades de ser encauzada. En este contexto, el Gobierno sufrió una dura derrota en las elecciones legislativas de octubre de 2001 y el FMI decidió cortar el crédito al país en noviembre (Salvia, 2015). La decisión de restringir la salida de depósitos de los bancos a principios de diciembre, una medida conocida como el “corralito”, generó un desplome aún mayor de la economía y una escalada de la protesta social, que finalizó en una rebelión popular y la caída del Gobierno. Con ello, se cerraba la fase de crisis de la estrategia de acumulación centrada en las reformas neoliberales.

Conclusiones

En las páginas precedentes analizamos la constitución, auge y crisis de una estrategia de acumulación basada en las reformas neoliberales. Esa estrategia constituyó la salida de la crisis hiperinflacionaria de 1989 que se caracterizó por una carrera entre el dólar y los precios fuera de todo control. Dicha crisis llevó a la caída del gobierno de la UCR y al recambio anticipado por un nuevo Gobierno del PJ.

Enmarcadas en el programa de Convertibilidad, estas reformas incluyeron la privatización de empresas estatales, la apertura comercial, la desregulación de las actividades económicas, la privatización de los

13 Datos de INDEC, Estimación del Producto Interno Bruto a precios de 1993.

fondos de pensión de los trabajadores, las leyes de flexibilización laboral, la eliminación de los derechos de exportación, la reducción de impuestos al capital, entre otras. La implementación de las reformas neoliberales por parte del Gobierno del PJ tuvo el apoyo de todas las fracciones de la burguesía, que ya habían reclamado a fines de la década de los ochenta una política de liberalización desde el Grupo de los Ocho (entidad que agrupaba a las grandes empresas de las finanzas, la industria, el comercio, el agro y la construcción).

La estrategia de acumulación neoliberal facilitó una reestructuración capitalista que permitió superar el estancamiento económico que experimentaba la economía argentina desde mediados de la década de setenta. Durante la fase ascendente del neoliberalismo en 1991-1998 la economía tuvo un considerable crecimiento, al mismo tiempo que se incrementó la ganancia capitalista y la inversión en bienes de capital e insumos importados, la apreciación del peso, etc. Esta estrategia neoliberal permitió la acumulación conjunta de las distintas fracciones de la burguesía y le dio solidez a un bloque en el poder bajo la hegemonía de la fracción financiera.

La contracara del relanzamiento de la acumulación capitalista bajo el neoliberalismo fue el deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora, el aumento acelerado del endeudamiento externo y la vulnerabilidad a los *shocks* de la economía global. Esta vulnerabilidad y esta dependencia quedaron de manifiesto tras las crisis del Sudeste Asiático, de Rusia y de Brasil entre 1997 y 1999. Así en 1999-2001 tuvo lugar la fase descendente de la estrategia de acumulación neoliberal. En esta fase de crisis, el riesgo soberano y el costo del endeudamiento se incrementaron, el peso se apreció aún más por las devaluaciones de los restantes países y los precios de las mercancías agropecuarias que exportaba el país cayeron fuertemente. Esto generó un desplome de la inversión capitalista, que empujaba a la baja a la actividad económica.

En este contexto, la crisis afectó fuertemente a los capitales asentados en la producción en sentido estricto con una caída del producto y de las ganancias sectoriales, mientras que afectó más levemente a los capitales asentados en las finanzas y los servicios públicos. Este impacto diferencial y la imposibilidad de descargar el costo de la crisis sobre la clase trabajadora generaron condiciones para un resquebrajamiento del bloque en el poder, que se hizo visible en la ruptura del Grupo de los Ocho. Así, la burguesía industrial lideró un agrupamiento con fracciones capitalistas asentadas en el agro y la construcción: el Grupo Productivo, que pugnaba por imponer al Gobierno una gestión heterodoxa

de la crisis. Este agrupamiento demandaba subsidios a la producción en sentido estricto como forma de sobrellevar la crisis y criticaba el costo de los servicios públicos y el costo financiero que asumían los capitales productivos. Asimismo, con el agravamiento de la crisis, demandaba la aplicación de impuestos sobre las empresas de servicios y los bancos para solventar los subsidios que reclamaba. Hacia finales de 2001 llegó a demandar la incorporación de la moneda brasileña a la paridad peso-dólar, lo que constituiría una devaluación encubierta. Por otro lado, la burguesía financiera lideraba las demandas de una gestión ortodoxa de la crisis con base en el ajuste del gasto público para ordenar las cuentas fiscales, mantener el flujo positivo de divisas hacia el país y sostener el tipo de cambio fijo.

La gestión de la crisis llevada a cabo por el Gobierno de la Alianza, que asumió en 1999, se basaba centralmente en una política ortodoxa expresada por la burguesía financiera, aunque intentó adicionalmente integrar algunas demandas de la burguesía industrial. Esta política económica fue crecientemente ineficaz y finalizó en un cuadro de depresión productiva, bancarrota financiera, fuerte deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora y crisis política.

De este modo, bajo el neoliberalismo, la burguesía argentina solo pudo integrar a sus fracciones en un bloque en el poder bajo la hegemonía de la fracción financiera en la fase ascendente de la estrategia de acumulación, con un apoyo solidificado por el éxito de la misma, rompiéndose su unidad con el inicio de la crisis. La rebelión popular de diciembre de 2001 clausuró el período neoliberal que finalmente dejó, junto con una modernización del aparato productivo, un crecimiento inédito de la pobreza y la desocupación, y una fuerte expansión de la dependencia financiera externa, cuyos efectos sobrevivieron mucho más allá del año 2001.



Sebastián Pedro Salvia

Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña actualmente como Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), y como profesor de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Ha publicado artículos en revistas científicas de Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador y España, sobre aspectos relacionados al Estado, la acumulación de capital y la acción empresarial.

Referencias

- Acuña, C. y Golbert, L. (1990, mayo). Empresarios y Política (Parte II). Los empresarios y sus organizaciones: ¿qué pasó con el Plan Austral? *Boletín Informativo Techint* (Boletín No. 263). Recuperado de: <https://boletintechint.com/Pages/BoletinList.aspx>
- Acuña, C. (1995). *The Industrial Bourgeoisie as a Political Actor. Argentina as a Case Study* [Tesis doctoral inédita]. University of Chicago.
- Arceo, N. y Basualdo, E. (1999). Las tendencias a la centralización del capital y la concentración del ingreso en la economía argentina durante la década del 90. *Cuadernos del Sur*, (29), 39-68.
- Azpiazu, D. y Basualdo, E. (2004). Las privatizaciones en la Argentina. Génesis, desarrollo y principales impactos estructurales, en Petras, J. y Veltmeyer, H. (comp), *Las privatizaciones y la desnacionalización de América Latina*. Prometeo.
- Azpiazu, D., Basualdo, E. y Schorr, M. (2000). *La reestructuración y el redimensionamiento de la producción industrial argentina durante las últimas dos décadas*, Instituto de Estudios y Formación-CTA.
- Basualdo, E. (2010). *Estudios de historia económica Argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Siglo XXI editores.
- Basualdo, E. (2000). *Concentración y Centralización del capital en la Argentina durante la década del 90*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Basualdo, E. (2003), Las reformas estructurales y el plan de convertibilidad durante la década de los noventa. El auge y la crisis de la valorización financiera. *Realidad Económica*, (200), 42-83.
- Banco Central de la República Argentina. (2003, noviembre). *Boletín Monetario y Financiero. Cuarto Trimestre de 2001*. Banco Central de la República Argentina. Recuperado de: https://www.bcra.gob.ar/Pdfs/PublicacionesEstadisticas/bmfo1_4e.pdf
- Beltrán, G. (2007). *La acción empresarial en el contexto de las reformas estructurales de las décadas de los ochenta y los noventa en Argentina* [Tesis de doctoral inédita]. Universidad de Buenos Aires.
- Bonnet, A. (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Prometeo.
- Brenner, R. (1998). *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from Long Boom to Long Downturn, 1945-2005*. New Left Review. Brenner, R. (2009). Un análisis histórico-económico clásico de la actual crisis. *Apuntes del CENES*, 28(47), 11-22. <https://doi.org/10.19053/01203053.v28.n47.2009.78>
- Dossi, M. V. (2011). La construcción de la representación y de la acción corporativa empresarial. Un abordaje a partir de sus asociaciones representativas. *Temas y Debates*, (21), 71-102. <https://doi.org/10.35305/tyd.v0i21.39>.

- Duménil, G. y Lévy, D. (2002). Salida de crisis, amenaza de crisis y nuevo capitalismo. En Chesnais, F. et al. (eds.) *La globalización y sus crisis. Interpretaciones desde la economía crítica*. Viento Sur, 13-42.
- Filgueiras, L. (2012). *História do Plano Real. Fundamentos, impactos e contradições*. Boitempo.
- Gaggero, A. (2012). La retirada de los grupos económicos argentinos durante la crisis y salida del régimen de convertibilidad. *Desarrollo Económico*, 52(206), 229-254.
- Gaggero, A. y Wainer, A. (2004). Crisis de la convertibilidad: el rol de la UIA y su estrategia para el (tipo de) cambio. *Realidad Económica*, (204), 21-34.
- Gramsci, A. (1997). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el estado moderno*. Ediciones Nueva Visión.
- Gresores, G. y Makler, C. (2004). ¿Para qué sirven las corporaciones agropecuarias? *Documentos del Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios*, (2), 79-88, Buenos Aires.
- Gerchunoff, P. y Torre, J. C. (1996). La política de liberalización económica en la administración de Menem. *Desarrollo Económico*, (143), 733-68.
- Golbert, L., Alberti, G. y Acuña, C. (1984, octubre): Intereses industriales y gobernabilidad democrática en la Argentina. *Boletín Informativo Techint* (Boletín No. 235). <https://boletintechint.com/Pages/BoletinList.aspx>
- Hopenhayn, B., Schvarzer, J. y Finkelstein, H. (2002): El Tipo de Cambio Real en perspectiva histórica. Aportes para un debate. *CESPA Notas de Coyuntura*, (7), 1-9. <https://www.economicas.uba.ar/wp-content/uploads/2015/11/cespacoyuntura7.pdf>
- Iñigo, J. (2007). *La formación económica de la sociedad argentina. Volumen I. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa. 1882-2004*. Imago Mundi.
- Iztcovitz, V. (1985). *Organizaciones corporativas del empresariado argentino: la Cámara Argentina de Comercio*. CISEA.
- Iztcovitz, V., y Schvarzer, J. (1986). *Organizaciones corporativas del empresariado argentino: ADEBA*. CISEA.
- Jessop, B. (1991). Accumulation Strategies, State Forms and Hegemonic Projects. En Clarke, S. (editor), *The State Debate*, 140-162.
- Katz, J. y Stumpo, G. (2001). Regímenes sectoriales, productividad y competitividad internacional. *Revista de la CEPAL*, (75), 137-159.
- Lattuada, M. (2006). *Acción colectiva y corporaciones agrarias en la Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Marín, J. C. (1984). *Los hechos armados. Argentina 1973-1976*. CICSO.
- Martcorena, C. (2014). *Trabajo y negociación colectiva. Los trabajadores en la industria argentina, de los noventa a la posconvertibilidad*. Imago Mundi.
- Nun, J. y Lattuada, M. (1991). *El gobierno de Alfonsín y las corporaciones agrarias*. Manantial.
- O'Donnell, G. (1977). Estado y alianzas en la política argentina. *Desarrollo Económico*, 16(64), pp.523-554. <https://doi.org/10.2307/3466679>

- Palomino, M. de (1988). *Tradición y poder: la Sociedad Rural Argentina (1955-1983)*. CISEA - Grupo Editor Latinoamericano.
- Piva, A. (2013). Acumulación y hegemonía en la Argentina menemista. *Biblos*.
- Portantiero, J. C. (1977). Economía y política en la crisis argentina. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(2), pp.531-565. <https://doi.org/10.2307/3539776>
- Poulantzas, N. (2005). *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Poulantzas, N. (1990). *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. México: Siglo XXI editores.
- Salvia, S. (2021). Apuntes sobre la relación Estado-burguesía. El debate Miliband-Poulantzas y la crisis argentina de 1998-2001, *Colombia Internacional*, (108),147-169. <https://doi.org/10.7440/colombiaint108.2021.07>
- Salvia, S. (2018). Reestructuración capitalista bajo el neoliberalismo: Desarrollo y debacle industrial en Argentina en los '90. *Atlantic Review of Economics*, 1(1), 1-17.
- Salvia, S. (2015). La caída de la Alianza. Neoliberalismo, conflicto social y crisis política en Argentina. *Colombia Internacional*, (84), 107-138. <https://doi.org/10.7440/colombiaint84.2015.04>
- Salvia, S. (2015b). The boom and crisis of the Convertibility Plan in Argentina. *Brazilian Journal of Political Economy*, 35, (2), 325-342. <https://doi.org/10.1590/0101-31572015v35n02a07>
- Salvia, S. (2014). Asociaciones empresarias del agro y crisis de acumulación, 1998-1999. Un antecedente de la 'Mesa de Enlace'. *Mundo Agrario*, 15(28): 1-31. <https://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/MAv15n28a06>
- Salvia, S. (2012). *Conflictos y alianzas de la burguesía industrial en la crisis de la Convertibilidad en Argentina (1999-2002)* [Tesis de doctoral inédita]. Universidad de Buenos Aires.
- Salvia, S. (2011). El país en riesgo. Crisis financiera y gestión neoliberal en Argentina (1999-2001). *Estudios*, (26), 111-24. <https://doi.org/10.31050/re.voi26.866>
- Schvarzer, J. (1990). *Estructura y comportamiento de las grandes corporaciones empresarias argentinas (1955-1983)*. Un estudio "desde adentro" para explorar sus relaciones con el sistema político. CISEA.
- Schvarzer, J. (1991). *Empresarios del Pasado. La Unión Industrial Argentina*. CISEA-Imago Mundi.
- Viguera, A. (1998, septiembre, 24-26). *La política de la apertura comercial en la Argentina, 1987-1996* [Ponencia]. Latin American Studies Association meeting, Chicago, Illinois.
- Viguera, A. (2000). *La trama política de la apertura económica en la Argentina (1987- 1996)*. Universidad Nacional de La Plata.
- Villareal, J. (1985). Los hilos sociales del poder. En Eduardo Jozami (ed.), *Crisis de la dictadura argentina. Política, económica y cambio social* (pp. 201-2016). Siglo XXI editores.
- Wainer, Andrés (2010). *Clase dominante, hegemonía y modos de acumulación. La reconfiguración de las relaciones de fuerza en el interior de la burguesía durante la crisis y salida de la convertibilidad (1998-2003)* [Tesis doctoral inédita]. FLACSO.